

cuanto sepa. En este supuesto el cobarde Dolon informa de todo por menor á los dos guerreros, quienes mas infames y pérfidos que él, despreciando su palabra cometen la barbaridad de matarle. Aquí tienes el lance; esta es la nota: repara como madama Dacier aprueba esta accion infame. ¿Quieres otro ejemplo mas?... Ulises despues de haber tendido en el suelo á Soco con una herida mortal le insulta diciéndole que su cuerpo quedará sin sepultura, y será despedazado por las aves de rapiña, que pelearán sobre su cadáver, etc., y no hay nota de madama Dacier; pero en otra ocasion semejante, ha creido poder sacar partido de la bárbara ironía que emplea Idomeneo; y por tanto ha puesto una nota. Idomeneo atraviesa de parte á parte con su pica á Othrianeo. Herido este de muerte cae, é Idomeneo envanecido con su victoria le dice así: « Othrianeo, serás el mas valiente de los mortales si cumples la palabra que has dado á Priamo<sup>1</sup>. Aquel buen rey para obligarte á cumplirla ha prometido darte su hija; pero nosotros podemos contentarte mejor que él. Enviaremos á buscar á Árgos la mas hermosa hija de Agamenon, y te la daremos por esposa con tal que tu inclito valor nos haga dueños de Troya. Ven, pues, á nuestros navíos, para que arreglemos las cláusulas de tu casamiento: no somos indignos de tener un yerno como tú. Despues de esta sangrienta burla, Idomeneo le arrastraba de los piés, etc. » *Iliada*, lib. 15.

¡Qué horror, dijo César, insultar de ese modo á un enemigo vencido y casi espirando!... No es posible pensar cosa mas crüel é infame. ¿Cómo ha podido excusar madama Dacier una barbaridad semejante? — Homero conviene en que esta burla es amarga; á madama Dacier no le parece sino *heroica* y *chistosa*: escucha su nota.

« Homero ha insertado aquí con mucho arte estas chanzas propias de un ánimo *heroico*, muy capaces de encender el valor de los combatientes que las escuchan, y de *divertir* al pacífico lector que las lee. Ademas Homero *realza mas con esto el carácter de Idomeneo* haciendo ver que en medio del mayor riesgo no deja de conservar su *alegría* natural, lo que es prueba de gran valor. »

— ¿Es posible que madama Dacier haya hecho imprimir seme-

<sup>1</sup> Habia prometido á Priamo rechazar á los Griegos, y Casandra debía ser el premio de sus servicios.

jante dictámen? — Lo extrañas, y con razon. En efecto, no se debe pensar, racionar, ni escribir así, aunque se sepa el griego. Demos fin á este exámen por un paso que se me presenta. Menelao vence



y rinde á Pisandro, y despues poniéndole un pié sobre la boca del estómago, le hace un discurso igualmente largo é insultante: *palabras llemas de hiel*, añade Homero, y madama Dacier hablando de este discurso dice: *que está lleno de fuerza, de oportunidad, y que es muy lacónico*. — Pero, mamá, segun eso madama Dacier tenia muy mal corazon. — Todo lo contrario; tenia un corazon muy sensible. — Ó si no, no tendria ni juicio ni entendimiento. — Nada de eso; es muy cierto que tenia mucho mérito y universal. — ¿Pues cómo ha podido escribir cosas tan horrosas? — El entusiasmo y la pasion la cegaba: sabia perfectamente el griego, por consiguiendo conoia mejor que nadie todas las bellezas de la Iliada, y su pasion á Homero la privaba de aquella imparcialidad tan estimable y poco comun, y sin la cual ningun escritor puede persuadir ni instruir. — Esto prueba tambien, mamá, como Vd. nos ha dicho varias veces, que no debemos apasionarnos sino de la virtud, porque todas las demas pasiones nos ciegan enteramente. — Ahora espero que ya renunciarás al proyecto de leer la Iliada á tus solas. — Sí, señora: habia oido decir que se la permitian leer á todos los niños de mi edad, y que sus notas eran muy instructivas. El año pasado



vi que mi primo Federico leía la Iliada y la Odisea en sus horas de recreo, y por esto le pedí á Vd. el mismo permiso; pero puesto que hay tan malos principios en esta obra, mas quiero no leerla sino con Vd., porqué de este modo me hará comprender todas las consecuencias de los principios peligrosos que contiene. — En general son pocos los libros que puedes leer solo sin riesgo. — ¿Pero un libro de historia ahora que ya sé juzgar de las acciones?... — Ya has leído todos los compendios excelentes y trabajados principalmente para la juventud y niñez<sup>1</sup>: ¿qué historia quieres leer ahora? — La de Malta. — El abate Vertot es muy buen historiador; pero sus juicios están muy léjos de ser justos y conformes á los principios de una sana moral. — Elija, pues, Vd. misma el libro que quiera darme. — ¿Me prometes leer siempre despacio y con reflexion, y referirme por la noche lo que hayas leído en el día? — Sí, señora. — Pues bien, voy á darte un compendio de la historia de Inglaterra en dos tomos, que me parece muy claro y bien escrito.

De allí á dos días César dijo á su madre que le habia disgustado una cosa que acababa de leer en el libro que le habia dado. Veamos, dijo la Marquesa, léelo. Es como se sigue, dijo César :

« Los Franceses fueron derrotados en Azincourt por Enrique V : hizo tantos prisioneros, que para seguir resistiendo al enemigo, que procuraba rehacerse, tuvo que pasar á cuchillo todos los que la suerte habia puesto en sus manos. »

— Y bien, ¿qué es lo que te disgusta en este paso? — Me parece que el historiador es como Homero; refiere esta crueldad como una cosa natural y aun indispensable. No hace despues ninguna reflexion sobre ello, por lo cual parece que aprueba esta barbaridad. La Marquesa abrazó entónces á su hijo. No has leído, le dijo, como niño : al tiempo que leías has reflexionado, has consultado tu corazon y tu razon, y este es el único medio de leer con aprovechamiento. En efecto, el modo de referir un hecho tan atroz como el que acabas de leer es muy odioso. ¿Qué dirías, pues, de la obra que éstoyleyendo ahora, en la cual se halla el siguiente retrato de Fredegunda?

« Ocultó Fredegunda el defecto de su nacimiento con tan eminentes cualidades, que se puede decir, que si no nació en la eleva-

<sup>1</sup> Por el abate Millot.

cion de las primeras clases, á lo ménos lo merecia. Esta es una de aquellas heroínas que no están obligadas á avergonzarse de las faltas de la suerte... La magnanimidad y elevacion de su ingenio la hicieron reinar sin competencia en tiempo de Chilpérico<sup>1</sup>. »

¿Es posible hablar así de una mujer abominable y manchada con tantos delitos? ¿Quién creará que este es el retrato de un monstruo oprobio de su sexo y execracion de la posteridad?... Alaba mucho el autor su destreza y maña. Sabía, dice, triunfar de todos sus enemigos; ¿pero con qué medios? con traiciones y homicidios. Toda su maña consistía en hacer envenenar ó asesinar á los que temia; pero mañana te leeré, hijo mio, en la historia de Carlo Magno el verdadero retrato de Fredegunda. También leeremos en otra obra del mismo autor la narracion de la batalla de Azincourt, y espero que



te dará gusto. — Me parece, mamá, que le gustan á Vd. mucho las obras de este autor. — Sí, porque hallo en ellas la verdadera filosofia, ideas nuevas, una imparcialidad perfecta, la moral mas pura, y juicios siempre justos y desapasionados : finalmente todas las utilidades que la historia debe producir ; lecciones útiles para los hombres, y sobre todo para los reyes. — ¿Conoce Vd. al autor? — No le he visto cuatro veces en mi vida. — ¿Y por qué no me da Vd. á leer sus obras? — Quiero que las leamos juntos para

<sup>1</sup> Memorias histórico-críticas y anécdotas de Francia, tomo I, pág. 70. Esta obra es muy apreciable, y está llena de notas y observaciones curiosas.



que no pierdas nada, que nada te se escape, y que lo conozcas todo, y así te daré otras obras para que las leas á tus solas : te vuelvo á repetir que leas siempre con la mayor atencion, pesando bien las reflexiones y juicios del autor. Insisto mucho sobre esto porque es de suma importancia, á causa de que con esta costumbre la lectura te instruirá verdaderamente, y en adelante podrás leer cualquier libro sin riesgo alguno. Por el contrario, si lees sin reflexion tomarás insensiblemente mil ideas falsas, y la lectura léjos de aclararte el entendimiento é instruirte, no servirá sino para debilitar tu razon, trastornar tus principios, y quizás corromperte al fin. El abate que vino á buscar á César interrumpió esta conversacion. Aquella noche se continuaron las *veladas*, y la Marquesa de Clemira contó la novela siguiente.

### PAMELA

#### Ó LA ADOPCION FELIZ



Felicia, únicamente ocupada en la educacion de sus dos hijas, vivia en medio de una familia amable, á quien estimaba, y no trataba sino con sus parientes y amigos. Cada dia estaba mas contenta Felicia con su suerte. Tenia gusto en ocuparse y en estudiar, y su alma era dulce y sensible. Jamas conoció el odio, aborrecia la venganza, y sabia amar : la amistad podia esperar de ella todo quanto pudiese hacer. En fin, nadie despreció mas de corazon que ella el fausto y las riquezas.

Entre tanto las hijas de Felicia iban ya acercándose á la edad de tomar estado. Aun no tenia quince años la mayor de ellas llamada Camila, cuando su madre se vió precisada por várias razones á casarla. No era rica Felicia, y así no podia establecer á sus hijas sino empleando el crédito que tenia en la corte á favor de sus maridos. El que se presentaba para Camila era sin duda alguna lo mejor que podia esperar su madre; pero aunque no dudó en admitirle, sintió muchísimo verse en la dura precision de casar á Camila en una edad tan tierna; en efecto, semejantes casamientos son tanto mas dañosos

para una jóven de catorce ó quince años, quanto sus resultas se extienden á todo el resto de la vida. Su educacion aun no perfeccionada se queda del mismo modo para siempre... — Pero, mamá, interrumpió Carolina, si esa jóven tiene buen fondo siempre será obediente y aplicada como ántes de casarse; y así su madre podrá acabar de perfeccionar su educacion... — Era preciso que esa señorita que tú supones tuviese mucho entendimiento y reflexion para aprovecharse bien de los maestros oyéndose llamar *señora*. Además, siempre que su marido fuese á su cuarto tendria que interrumpir sus lecciones. — ¿Pero si su marido fuese aplicado? — La instruccion y habilidades que se tienen á los catorce años no pueden aun ser agradables á los demas : por tanto debes conocer que el temor de enfadar á su marido y el gusto de hablar con él, serán causa de que haga muy pocos progresos en sus estudios. Pero volvamos á nuestra historia.

Á poco tiempo de estar casada cayó Camila gravemente enferma. Felicia padeció muchas pesadumbres, que juntas con las vigiliass y continua asistencia á la enferma causaron una alteracion en su salud que le duró mucho tiempo despues de la convalecencia de su hija. Viendo los médicos que se sentia del pecho, le mandaron ir á tomar las aguas de Bristol. Vióse, pues, obligada á dejar á Camila en Paris al cuidado de su suegra, y marchó para Inglaterra con Natalia su segunda hija, de edad de trece años.

No se habia acordado Felicia de encargar que la buscasen un alojamiento. Y así al llegar á Bristol no pudo hallar sino un cuarto en una posada, incómodo por sí mismo, y mucho mas por estar separado tan solamente por un tabique del de una inglesa que estaba en cama hacia ya dos meses. Felicia, que sabia el inglés con toda perfeccion, hizo á la huéspedea várias preguntas acerca de su vecina, y supo que la desgraciada inglesa estaba ya desahuciada. Era viuda; su marido, jóven de distinguido nacimiento, habia sido desheredado por sus parientes por haberse casado sin su consentimiento. No habia podido dejar á su mujer mas que una corta pensión vitalicia, circunstancia tanto mas dolorosa para aquella infeliz, quanto tenia una hija de edad de cinco años, que á su muerte se hallaba expuesta á la última miseria. Concluyó la huéspedea su relacion haciéndole mil elogios de Pamela (así se llamaba la niña), y aseguró á Felicia que no podia hallarse criatura mas perfecta. Esta historia